

## LA LITERATURA: UNA ENTRADA EN LA HISTORIA

Fernand Braudel, el historiador padre de la Escuela de los Anales, iniciaba la última de sus grandes obras, *La identidad de Francia*, con una paradoja que sirvió de fundamento a una peculiar visión de la historiografía: "Amo a Francia con la misma pasión, exigente y complicada, que sentía Jules Michelet" y añadía: "Me propongo hablar de Francia como si se tratara de otro país, de otra patria, de otra nación". Sólo a ese precio la historia se integrará a las ciencias del hombre, como "una ciencia imperfecta, pero al fin y al cabo una ciencia".<sup>1</sup>

Pronto habrá de verse, sin embargo, que la noción de *norma de veracidad* que debe fundar a la historia como ciencia se transforma, a partir de la experiencia del grupo de los Anales, en una necesidad epistemológica basada en la idea de *multiplicidad de las causalidades*. La unicidad de la norma permanece vigente en lo que respecta a las reglas de establecimiento de los hechos y de su crítica, pero es la diversidad de los enfoques, y por consiguiente la multiplicidad de los préstamos de las ciencias humanas, lo que constituye la especificidad de la historiografía de los Anales. Braudel no vacila en enumerar dichos préstamos: geografía, economía política, demografía, politología, antropología, etnología, psicología social, estudio de las culturas, sociología... pero la literatura no figura en la lista. De este modo, la historia se dotó de una gama de puntos de vista. De ahí que la historiografía se halle frente a una multiplicidad de causalidades que —dentro del marco de las disciplinas— no pueden sino competir. Con ello, la escritura de la historia se verá profundamente transformada.

Podría decirse que, a partir de ese momento, va a desarrollarse uno de los principales debates de la historiografía actual. La historia se abrió a todas las ciencias humanas, pero al mismo tiempo su objeto, al volverse proteiforme, quedó disuelto. Las fluctuaciones climáticas y los diarios íntimos, las invasiones microbianas y las colecciones de los coleccionistas de loza, todo ha pasado a ser terreno de la historia. La distensión de las temporalidades sometidas al examen del historiador hace patente la existencia de una confusión en la historiografía contemporánea. La totalidad histórica, tan preciada para Braudel, tiende a escapar a la observación de los historiadores que se han forjado innumerables y minúsculos objetos.

De este modo, la situación de la historiografía, muy a su pesar, coincide con el calvario descrito por Flaubert en *Bouvard y Pecuchet*. Recuérdese que en esta admirable novela-farsa Flaubert analiza, a través de la sed de saber de

---

<sup>1</sup> Fernand Braudel, *L'identité de la France*, Paris, 1986.



sus personajes, Bouvard y Pecuchet, las aporías de la historia, si bien, tal como lo hizo antes con las de otras ciencias. En esta obra la historia aparece dividida entre: 1. la fidelidad a los hechos (pero ¿acaso estamos siempre seguros de su facticidad?), 2. la necesidad de jerarquizarlos (pero ¿cómo legitimar una jerarquía?) y por último, 3. la necesidad de interesar (pero ¿el interés del lector no depende de sus pasiones, más que de la verdad del hecho y del arte de contar que extravía la razón?). En forma de relato —y volveremos sobre este punto—, Flaubert plantea las aporías de la historia según tres ejes: hechos y verificabilidad de los hechos; organización de los hechos, jerarquía y totalidad; finalidad del saber histórico, pasiones e intereses, ambigüedades de la configuración literaria de la historia).

A fin de resolver estas cuestiones que preocupan a la historiografía, desde hace veinte años se empezaron a buscar epistemologías regionales y autonomías de objetos, tales como las *ciudades*, las *mujeres*, los *Negros*, las *sexualidades*, las *marginalidades*. Abandonando a los individuos que, como el duque de Angulema, provocan pesadillas a Bouvard y Pecuchet, lanzados a la búsqueda de una verdad histórico-biográfica, abandonando, por otra parte, los sistemas socioeconómicos demasiado abstractos, la historiografía contemporánea busca una síntesis de lo general y lo particular, evita la subjetividad sin omitir el plano de los individuos y de su conciencia. En lo que se ha dado en llamar las “mentalidades” ha intentado reunir las particularidades —sin esos actores mayúsculos que eran los reyes y los generales— y las globalidades, sin la abstracción arbitraria del mecanismo causalista.

Sin duda hay que ver en este movimiento el efecto de la renovada preocupación por aquello que, en la historia o la sociedad, se sitúa al margen del sistema y sirve de coartada [alibi] a un rechazo, cada día más evidente, de la idea de totalidad. Los años 1970-1980 ven desarrollarse, sobre todo en Francia, junto con la denuncia del Gulag y de los totalitarismos, la ideología del *small is beautiful*. Revistas especializadas para el gran público así como unos medios de comunicación cada vez más ávidos de *curiosa*, exhumados por una historia paradójica, modifican el sentido que reviste el interés de los historiadores por los actos y creencias de los humildes. Podemos presenciar así una deriva —que tiene por único responsable el ambiente intelectual de la época— que en ocasiones hace perder a la historia el sentido de su globalidad.

Este deslizamiento del interés de los historiadores de los aspectos más profundamente estructuradores de la evolución histórica (la historia económica y social, por ejemplo) hacia los aspectos culturales y las “mentalidades”, va acompañado de una profusión de microeconomías o microsociologías de las profesiones, conductas, modos de habitar, consumir, pensar. Dicha profusión abre así el paso a saberes factualmente ricos y que, por ende, resulta aún más delicado integrar a una teoría. A decir verdad, esta dificultad obedece en gran parte al hecho de que, para numerosos historiadores de las mentalidades, los principios motores de estas últimas han acabado por cobrar una especie de autonomía.



De ello pudimos darnos cuenta con ocasión del debate entre Philippe Ariès y Michel Vovelle acerca de la historia de la muerte y sus representaciones. Así vemos despuntar una antropología que tiende a aislar estructuras intemporales y, por otro lado, una historia que se remite a los condicionamientos materiales para pensar los contenidos mismos de pensamiento.

De esta manera se perfila un frente múltiple en el debate histórico: el enfoque antropológico, la búsqueda del objeto sintomático pero minúsculo, el rechazo instintivo de las teorías totalizantes, todo esto pertenece a nuestra contemporaneidad y la define. La historia de las rupturas ya no está de moda, aunque continúen las discusiones acerca de la Revolución Francesa. Lo que pone de manifiesto este movimiento es el retorno del acontecimiento tras el predominio del interés por lo estructural. No ha sido la historia política la última en llevar a cabo esta conversión, apoyada quizá por el desarrollo masivo de un mercado de escritos biográficos y monografías acerca de sucesos en los que se ha querido ver la síntesis de toda una época.<sup>2</sup> La creación de un premio Goncourt de historia, a fines de los años 1970, traduce bien este nuevo rango literario y anecdótico de la Historia.

Como puede verse, la escritura de la historia, la historia y la historiografía van de la mano en esta evolución. Si definimos *la escritura de la historia* como el campo de las formas literarias; la historia como el conjunto de reglas de veracidad reconocidas por la comunidad de historiadores; *la historiografía* como la disciplina histórica que toma la historia por objeto, en su doble dimensión de texto y conjunto de reglas, nos percatamos de que es en la finalidad del discurso histórico donde radica la clave del debate historiográfico.

Al poner énfasis en la *finalidad* del saber histórico, la historiografía contemporánea intenta soslayar el enfrentamiento entre el sujeto del conocimiento, sujeto presente, y el objeto del conocimiento, objeto pasado, que había conducido a las aporías antes mencionadas.

Michel de Certeau ha propuesto superar la alternativa entre *hechos e intereses*, que también puede expresarse como la alternativa entre *ciencia y ficción*, despejando un campo epistemológico propio, nuevo, que estaría precisamente "entre dos".

De Certeau señala que, en cierta forma, la voluntad moderna de cientificidad ha encontrado un callejón sin salida en su propio éxito. No pretende negar el ideal de rigor científico, pero hace notar que las instituciones científicas, transformadas en potencias logísticas, se engranan en el sistema que ellas *racionalizan pero que las conecta entre sí*, les fija orientaciones y asegura su integración socio-económica. Este efecto de asimilación es de más peso, naturalmente, en las disciplinas cuya elaboración técnica es más débil. Es el caso de la historiografía.<sup>3</sup>

<sup>2</sup> Cf. J.P. CLÉBERT, *L'incendie du Bazar de la Charité*, por ejemplo.

<sup>3</sup> Cf. Michel DE CERTEAU, "L'histoire, science et fiction", *Le Genre humain*, n 7-8, 1983.



De Certeau, y junto con él un amplio movimiento de historiadores, consideran, pues, que ya es tiempo, luego de un siglo dominado por la voluntad metódica de mantener la exterioridad del sujeto y del objeto —la cual se traducía en la vergüenza respecto a sus relaciones demasiado estrechas—, que ya es tiempo, entonces, de aceptar el carácter político de la historia. La historiografía se encuentra siempre situada en la frontera del discurso y de la fuerza, ¡que acepte este destino y se haga con él una epistemología!

Esto tiene importantes consecuencias en cuanto a la posición del tiempo en la historia y la escritura de la historia. Si se distingue en historia una epistemología cientista de una epistemología política, la primera se funda en la idea de que la relación *del presente de la ciencia al pasado histórico* es una relación de sujeto a objeto. Según la institución social presente de la ciencia histórica, es *pasado* aquello que no puede servir a su propia construcción. El pasado es el objeto que los actores presentes desean transformar. Por el contrario, para una epistemología política de la historia, de inmediato ha quedado claro que la relación con el pasado es una relación de sujeto a sujeto. El pasado no está muerto y atrás, sino vivo de una alteridad histórica que el transcurso del tiempo no alterará nunca por completo. Para la humanidad que recuerda, hay un presente del pasado. Esta permanencia del pasado en mí es presencia de un sujeto *otro* en el sujeto que soy.

El replanteamiento de la identidad del sujeto, del objeto, del pasado y del presente —sin mencionar la dinámica que la dimensión del futuro imprime necesariamente a dichas oposiciones, que resulta demasiado simple considerar como polares—, nos lleva de vuelta al origen de la transformación de la historia en ciencia. Todavía en el siglo XVII, el historiador se vanagloriaba de su destreza en el manejo de todas las sutilezas de la retórica. Sabía su discurso condenado a fluctuar entre “hechos” y “eficacia”, y en esto aplicaba todo su arte. Sabemos que con el siglo XVIII historia y literatura quedaron separadas, si bien la primera se vio marcada indeleblemente con una mácula: la de estar tallada en el lenguaje y verse obligada al uso de procedimientos narrativos que hubiese querido abandonar a la literatura. Este deseo de escapar a las fuerzas y ambigüedades del lenguaje procedía de la esperanza de alcanzar la categoría de ciencia. Hoy en día, por el contrario, hay quienes se pronuncian por devolver plenamente a la historia su papel político, lo cual equivale a privarla de cualquier ilusión de exterioridad con respecto a su objeto.

Paul Ricoeur ilustra muy acertadamente este debate en los tres volúmenes de *Temps et récit*.<sup>4</sup> A partir de la oposición entre una epistemología cientista (en Aristóteles) y una epistemología de la experiencia del tiempo (en San Agustín) o, si se prefiere, entre una historia que se apoyaría en *el tiempo del mundo* y otra en *el tiempo del alma*, Paul Ricoeur muestra, a través de un

---

<sup>4</sup> Cf. Paul RICOEUR, *Temps et Récit*, 3 vol., París, Seuil, 1983, 1984.



análisis muy detallado de todo el debate sobre la historia y la filosofía del tiempo, que el tiempo histórico no es ni el tiempo cósmico, ni el tiempo vivido, sino un tercer tiempo, compuesto de retención y memoria, por tanto, de reapropiación de la alteridad, un tiempo definido por los conectores mediante los cuales lo captamos: el calendario, el mito, la huella; conectores que tienen todos por función la de vincular el tiempo individual existencial al tiempo cósmico objetivo. Sólo que, precisa el filósofo, no hay ontología que permita pensar el ser de este tercer tiempo, dado que dicho tiempo, propiamente histórico, lo percibimos necesariamente a través de analogías: a saber, los ya mencionados calendario, huella, mito, etc.

Ahora bien, no existe ontología alguna del *ser como*. El mismo y el otro son categorías ontológicas; lo *análogo*, como categoría, no es propio de la ontología sino del discurso. Citando a Hayden Whyte, Paul Ricoeur subraya entonces que:

No podemos conocer lo efectivo [the actual], sino contrastándolo o comparándolo con lo imaginable.<sup>5</sup>

El discurso histórico, en la medida en que trata del tiempo y que éste no puede enunciarse sino bajo el modo del *como*, de la analogía, posiciona su saber entre *ontología* y *retórica*, es decir, entre ser y no-ser. Es esta situación irónica y paradójica del ser-como, situación del discurso histórico, la que hace que el relato histórico no pueda permanecer al margen de la ficción. Sólo la ficción, en efecto, es capaz de organizar en un discurso único el "Esto fue" (hechos), el "Todo ocurre como si" (causalidad) y el "Esto ocurrió para mí" (interés), tres modalidades que remiten las posibilidades de la ficción a los factores en juego que habíamos señalado anteriormente para el discurso histórico: verificabilidad de los hechos; organización de los hechos (teorización y estructura); finalidad del saber histórico (interés).

Paralelamente al movimiento de pensamiento que, por etapas, iba transformando el debate en el seno de la historiografía, el ámbito de la teoría literaria sufría asimismo, durante las dos últimas décadas, una profunda transformación.

La primera línea de fractura afectó a la definición misma de la literatura. Durante los años de desarrollo de los saberes lingüísticos y semiológicos, de un modo "del todo natural", se había llegado al punto de sólo considerar, en el hecho literario, lo que se daba en llamar la *literariedad*, la esencia literaria tal como un análisis interno podía —o debía— revelarla. Intemporal en muy amplia medida, esta "literariedad" enteramente formal establecía un corte entre aquello que pertenecía a la *textualidad* de un objeto cerrado en sus características semiolingüísticas y el exterior, digamos, lo paratextual (condiciones históricas, sociales de producción y de recepción), que poco a poco se volvía a

<sup>5</sup> Hayden WHYTE, *The writing of History*, p. 61.



descubrir en los estudios literarios, pero precisamente sólo a partir de una definición fuerte, *nuclear*, de la literatura como texto.

La revalorización de la retórica, que en un principio apareció como una de las ramas de la teoría del texto cerrado, capaz de hacer surgir de la forma textual la figura del destinatario (narratario, lector implícito, etc.), iba a contribuir, sin embargo, a una transformación radical del paradigma literario.

Bajo el impulso de la tradición fenomenológica alemana, a través de Ingarden, Gadamer, Jauss e Iser, por una parte, y de una renovada atención por la literatura como fenómeno social, la figura del lector adquirió, en efecto, una nueva autonomía con respecto a la del texto. A partir de ese momento, la literatura aparecía como *mucho más o algo más* que el simple texto cerrado y volvía a ser un momento esencial de la comunicación social. La teoría literaria podía, por consiguiente, considerar que su objeto consistía en un triple procedimiento que comenzaba, antes de la forma textual, con una historia de los géneros y proyectos prolongándose, más allá del texto, en una estética del efecto literario.

El segundo avance se presenta como una repercusión de la problemática de la *referencia* tal como fue discutida en historia. Si bien es cierto que sólo el historiador puede pretender a una realidad de la referencia —con todas las precauciones anotadas a lo largo de los inmensos debates epistemológicos sobre la historiografía—, la ficción literaria, por su parte, sería por definición irreal, ficticia, en una palabra, ficcional. No sería posible invocar entonces un fuera del texto sin cometer un error de lógica. Aparentemente este callejón sin salida impedía hablar de un “real”, cualquiera que fuese su forma, al cual se referiría la literatura. Empero, el desarrollo de las investigaciones sobre la lectura iba a acreditar un nuevo lugar en el dispositivo y a permitir ir más allá de lo que parecía irremediable: el carácter irreal de la literatura.

Los historiadores, como ya se ha visto, llegaron a concebir su trabajo como la articulación de una significación segunda a un “sentido” primero, significación producto del proceso de *puesta en forma* de esa primera instancia llamada lo “real” o referente, siempre y cuando no se olvide que, por consiguiente, ese “real” primero se verá profundamente transformado por el acto de su *construcción* en una *significación histórica*. En consecuencia, los historiadores establecieron que la relación con lo “real” no debía pensarse en términos de “referencia”, de una verdad (fidelidad) de la referencia que implicara un nexo inmediato a lo real, sino en términos de *representancia*, de análogo, es decir, de irrupción de un real pasado refigurado en un presente de preocupación. Esta manera de concebir la relación de referencia, rebautizada como *representancia*, se convertía en una clave para la cuestión literaria.

Durante el período formalista, se había abolido la idea de un vínculo entre la literatura y lo “real” porque todos vivían obcecados por el problema de la referencialidad de la literatura, tal como había ocurrido con la historia a raíz de un malentendido en torno a la metáfora del espejo que se pasea a lo largo de



los caminos, debida al abad de Saint-Réal en *Rojo y Negro* de Stendhal. Pero mientras que la historia puede invocar legítimamente un "real" pasado, acaecido, acerca del cual siempre era posible presentar pruebas, la literatura, al estar desprovista de tal recurso en virtud de su carácter ficticio, se halla irremediabilmente disociada de cualquier realidad fundadora. Se creyó entonces que debía abandonarse toda relación entre la literatura y lo "real" histórico.

Ahora bien, el ascenso de la figura del lector iba a imponer al debate lo que hasta entonces había permanecido oculto en una gran medida: una parte de realidad irrefutable en el proceso de significación literaria, *lo real de la lectura*, lo real del lector y de su mundo. Sin duda no tiene nada que ver con lo "real" referencial del texto pero, indiscutiblemente, es por lo menos tan real como aquello que funda la *representancia* en historia.

El modelo construido en función de dos planos (lengua y literariedad) requería entonces un tercer plano, el de la lectura, en la medida en que produce una *experiencia estética*, de la cual hablaremos ahora.

Estética, esta experiencia lo es en el sentido fuerte de la palabra, asentada desde la poética de Aristóteles donde la *aistesis*, como capacidad receptiva, se subdivide y da origen a la *catarsis*, que es un movimiento de transposición *afectiva y cognitiva* que permite lo que la estética de la recepción denomina la *aplicación*. La lectura, dado que confronta el texto con el plano de la vivencia del sujeto lector (sujeto individual y público), pone en marcha un proceso analogizador, alegorizador, es decir que traduce lo que está expresado en el contexto de la obra al *otro contexto implicado por la lectura*, el del sujeto.

Lo propio de esta capacidad alegorizadora del proceso estético de lectura obedece a la dialéctica intrínseca de la cultura, a la vez realidad social y cotidiana —por ende siempre tentada por la cuestión de la referencialidad— y al mismo tiempo *imaginaria*, por tanto, totalmente independiente de toda referencia. La lectura del texto histórico tal como la del texto literario entra, desde este punto de vista, en el movimiento de esta dialéctica. Su fundamento es la dinámica propia de la lectura como tal; la relación estética con el objeto historia o literatura no hace sino acentuar uno u otro de los polos de *referencia* o de *imaginación*, ambos igualmente necesarios.

Una vez expuesto lo anterior, tengo que plantear, para concluir, el problema de la función de esta dialéctica de la referencia y de lo imaginario. Quisiera entonces dejar atrás el nivel teórico en el que he permanecido hasta ahora para profundizar en la cuestión de la *lectura como entrada en la historia*.

En adelante no hablaré más de literatura, ya que doy por hecho que no hay literatura sin lectura. Necesito entonces pasar al examen de los conceptos en torno a los cuales la actividad lectora habrá de refigurar el relato (la forma, el mito, el esquema, o cualquiera que sea el término utilizado por Aristóteles, Kant, Barthes o Ricoeur). Efectivamente, no basta con afirmar, como lo ha demostrado la corriente fenomenológica en literatura, que esta última no existe sino merced al acto de lectura; hay que señalar, además, los conceptos que rigen



este acto que Ricoeur llama *refiguración*.

Me parece que hay dos grandes tendencias que construyen una nueva dialéctica en el seno mismo de la actividad analógica de refiguración (transformación, re-simbolización, re-mitificación, etc.) según las condiciones de la alegorización. La actividad de lectura es eminentemente social. Lo es por el aprendizaje que todo lector ha atravesado en los diferentes ciclos de su formación y escolaridad. La lengua, y las formas literarias, trascienden toda experiencia que se haga de ellas y esta trascendencia, memoria de actos de habla, de escritura y de conformación narrativa, acarrea un riquísimo y complejo saber social que se impone al lector con la fuerza de una tradición insoslayable. Es verdad que en cierta forma el lector la dejará atrás, al igual que el escritor, pero no por ello su peso dejará de determinar las formas mismas de su novedad, al menos negativamente.

Con respecto a esta trascendencia y al juego de la libertad a la cual da lugar, en una sociedad basada en los valores individualistas y democráticos, la lectura como actividad y experiencia posiciona al lector a la vez como sujeto individual y sujeto político. El lector es YO y ciudadano, sabio y político; es siempre y a la vez el mismo y el otro de esta teatralidad social, de la lengua, del texto y de la literatura. Como cualquier actividad, la actividad lectora constituye, sin embargo, una toma de decisión. En teoría estas elecciones pueden ser polares, es decir, pueden borrar la dialéctica y privilegiar uno de los polos: atraer todo hacia sí mismo o alejar todo a la alteridad del texto. De hecho, como hemos visto, el proceso debe pensarse más bien bajo la categoría que sintetiza al mismo y al otro: la analogía. En consecuencia, la alteridad se halla, de un modo u otro, aplicada al mismo porque, en alguna medida, YO es análogo a los otros. El infierno quizá lo sean los otros como decía Sartre, pero el yo está totalmente habitado por este infierno, habla de mí, me habla en lo más hondo de mi soledad. Y el lenguaje no es el último en llevar dicha alteridad en el seno ambivalente del mismo. En esto estriba todo el poder de lo vero-símil.

Esta confrontación con una alteridad —forma del relato, modos de exposición, tipos de comportamiento, referente desconocido o extranjero, etc.— que el sujeto lector no puede más que aplicar a sí mismo es la que construye la experiencia estética en su totalidad. Contrariamente al sabio, el lector por lo general no está en situación de distanciar la distancia que se le ofrece. No obstante, la distanciaci3n es uno de sus recursos y puede constituir una estrategia respecto de un exceso de alteridad. El lector puede jugar al sabio. Sin embargo, las más de las veces —entiéndase que estamos hablando aquí de un lector que no es un especialista, es decir que no es esencialmente un re-lector— se comportará, no tanto como sabio, sino como persona. Será entonces ese rostro/máscara que atraviesa el discurso del otro, proferido pero no elaborado, ese rostro que tomará los rasgos de mil personajes, que será Rastignac, Marcel, Armance, Zazie o Nekrassov.



Es entonces cuando verdaderamente el individuo entra en la historia. La Historia, con "H" mayúscula, porque a través de la literatura no es sólo un *alter ego* lo que el lector encuentra, sino el cuadro de la construcción histórica del ego. Se trata también de la historia con "h" minúscula, el transcurrir de la temporalidad atendiendo a formas que, para nosotros, confieren al relato ese carácter ejemplar que resume la biografía.

Con ello pretendo subrayar que la lectura, en particular la del relato novelesco, constituye una de las estructuras constructivas esenciales de la relación con la historia y que, por consiguiente, es el fundamento de la ciudadanía misma, en la medida en que ésta reposa a la vez en un individuo construido como autónomo y libre, pero también como solidario e inscrito en una historia social y colectiva. La literatura desempeña un papel esencial en la elaboración de la historia —considerada esta vez como la modalidad temporal del vínculo social, ese nexo que vincula a las generaciones y a los individuos—, porque es la única en permitir que, en el plano imaginario, se escenifique en forma experimental, a manera de ficción, el teatro del tiempo y del vínculo social. Sin la posibilidad de poner en escena esas relaciones en el plano imaginario, la sociedad no sabría regular y administrar dichos vínculos, como puede comprobarse cada vez que hay ausencia de esta elaboración simbólica. Es en este sentido, según creo, como puede decirse que la teoría del discurso histórico y del discurso literario nos ayuda a comprender mejor, hoy día, la función social, el porqué de nuestra literatura como entrada de los individuos y las sociedades en la historia.

*Jacques Leenhardt  
École des Hautes Études en  
Sciences Sociales, Paris*

Traducido del Francés por Hilda Becerril Castro